ARQUIDIÓCESIS
DE GUAYAQUIL

# Ministros de la Reconciliación

Las recientes masacres en la penitenciaría del litoral y las distintas formas de violencia en nuestra sociedad no solo nos duelen e indignan, sino también nos desafían a identificar sus causas y a proponer caminos de reconciliación, capaces de sanar las heridas a través de la justicia y el perdón.

San Pablo, en la segunda carta a los corintios (5, 14-20), después de afirmar que "el amor de Cristo nos apremia", nos recuerda que Dios "nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos confirió *el ministerio de la reconciliación*".

Lo sorprendente es que Dios nos reconcilia sin tomar en cuenta nuestros pecados. El problema de la reconciliación, por lo mismo, no está en Dios, sino en nosotros. Por este motivo San Pablo nos exhorta: *"En nombre de Cristo, les pedimos que se reconcilien con Dios"*.

El servicio de la reconciliación, por su parte, tiene como principal objetivo reconstruir las relaciones rotas con Dios, con nosotros mismos, con los otros y con la naturaleza. En esta tarea estamos involucrados todos como pueblo de Dios: laicos, religiosas y religiosos, diáconos, sacerdotes y obispos, en nuestras diferentes actividades eclesiales y sociales.

## Reconciliación con Dios

Cristo, con su vida, sus gestos y palabras, nos libera del dios de la venganza, de la ley, y nos reconcilia con el Dios de la gratuidad sin medida, del amor sin condiciones, de la misericordia infinita, del perdón sin límites, de la ternura desbordante. Jesús, en la cruz, pide al Padre que nos perdone no porque seamos malos o perversos, sino porque no sabemos lo que hacemos.

Desde el punto de vista teológico, lo que nos separa y enfrenta a Dios es el pecado de la soberbia. Históricamente, las principales formas de ruptura con Dios son la idolatría y el ateísmo. La idolatría pretende sustituirlo por el dios poder, razón, dinero, placer, eficiencia, saber, ley o a cualquier criatura; fetiches que reflejan los complejos de omnipotencia y omnisciencia. El ateísmo teórico y práctico niega la existencia de Dios; el ateísmo teórico se basa en la ciencia y en la filosofía; y el ateísmo práctico, en el antitestimonio de los creyentes, como la indiferencia y las injusticias. Dios es presentado como un enemigo que atenta contra la dignidad del ser humano, razón por la que hay que combatirlo. Nietzsche, por ejemplo, proclama la muerte de Dios; Fauerbach, que es una proyección de la naturaleza humana; Freud, que es fruto de los miedos y angustias; y Sartre, que es absurdo.

Como ministros de la reconciliación con Dios, estamos llamados a derribar los ídolos y las falsas imágenes del ateísmo y a revelar al Dios verdadero que escucha el clamor del pueblo y se pone en camino para liberarlo de todos los atropellos e injusticias; el rostro del Dios cercano, compasivo y solidario.

Cristo también nos invita a reconciliarnos con él en el silencio de la oración personal y comunitaria, en la celebración gozosa de los sacramentos, en la escucha atenta de su Palabra y en el servicio generoso a los que carecen de pan, de agua, de vestido, de vivienda, de salud y de libertad (cfr. Mt 25, 34-36); un Dios humanado que está presente tanto en el silencio del sagrario como en la soledad y en el rostro de los descartados de la sociedad y de la Iglesia.

Cristo, mediante el ministerio de la reconciliación sacramental, concedido a los sacerdotes y obispos, hace posible el encuentro del pecador con el Dios de la misericordia que no le juzga ni condena, sino que le levanta del polvo, sana sus heridas y le devuelve la paz y la alegría de ser su hijo. El Papa Francisco nos invita a evitar dos escollos en el ministerio de la reconciliación sacramental: el rigorismo, que desconoce la Gracia de Dios, y el laxismo, que menosprecia el dolor de la ofensa.

**Reconciliarse consigo mismo**

Jesús nos libera de nuestros miedos y angustias, ansiedades y depresiones, y nos reconcilia con nuestros sueños de vivir, de amar, de pensar por nosotros mismos y de hacer el bien, como también con los límites de la enfermedad, la ancianidad y la muerte.

Cristo nos libera de la crisis de identidad y nos reconcilia con nuestro ser hijos de Dios. *"Ya no les llamo siervos, nos dice, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; les llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que he oído de mi Padre"*. (Jn 15, 15). San Juan, haciéndose eco de esta verdad, afirma: *"Miren qué amor tan singular nos ha tenido el Padre: que no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos"* (1Jn 3, 1); y San Pablo ratifica esta convicción: "*Y porque son hijos, Dios ha enviado el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones, clamando: ¡Abba! ¡Padre! Por tanto, ya no eres siervo, sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios".* (Ga 4, 6-7).

Como ministros de la reconciliación de nosotros mismos, estamos llamados a reconocernos hijos de Dios y, de este modo, a aceptarnos sin condiciones, a valorarnos como personas y a desarrollar nuestras capacidades físicas, intelectuales, afectivas y volitivas para beneficio nuestro y de los que nos rodean.

**Reconciliarnos con los otros**

Jesús nos libera de la pretensión de dominar o someter a los otros, del ansia de privilegios y prestigios, y nos reconcilia con nuestra capacidad de entrega y servicio a los hermanos; nos libera de las relaciones de amo/esclavo, amigo/ enemigo y nos reconcilia como hermanos, amigos y compañeros de camino. Jesús rompe la espiral de la violencia con su llamado a amar a los enemigos y a orar por aquellos que nos persiguen. (Cfr. Mt 5, 43)

Cristo nos invita a ponernos de acuerdo mientras vamos de camino. Igualmente, nos pide que, antes de presentar una ofrenda a Dios si algún hermano tiene algo contra nosotros, primero nos reconciliemos con él (cfr. Mt 5, 23-24). *"No es posible amar a Dios a quien no vemos, si no amamos al hermano a quien le vemos"* (1Jn 4, 20). Si alguien dice lo contrario, es un mentiroso, un charlatán.

San Pablo, en su carta a los Efesios, afirma que *"por medio de su muerte en la cruz, Cristo puso fin a la enemistad que había entre los dos grupos, y los unió, formando así un solo pueblo que viviera en paz con Dios"* (Ef 2, 16). Cristo destruyó el muro de las discriminaciones sociales y culturales: *"No importa si son judíos o griegos, si son esclavos o libres, o si son hombres o mujeres. Si están unidos a Jesucristo, todos son iguales".* (Ga 3, 28)

La reconciliación con los demás, por su parte, nos recuerda el Papa Francisco, no es olvido de los actos de maldad y crueldad humana, como los sucedidos en los campos de concentración, en los bombardeos, en las persecuciones, en el tráfico de esclavos, en las matanzas étnicas y en tantos "hechos históricos que nos avergüenzan de ser humanos". No siempre es fácil perdonar, más aún si no conocemos a los victimarios, como en el caso de los torturadores que encubren sus rostros. Sin embargo, también es importante recordar a quienes, en medio de los horrores, "fueron capaces de recuperar la dignidad y con pequeños o grandes gestos optaron por la solidaridad, el perdón y la fraternidad. Es muy sano hacer memoria del bien". (Fratelli Tutti, 248- 249).

El camino de la reconciliación no es fácil; aún persisten muchos interrogantes, como por ejemplo: ¿cómo reconciliar al rico epulón, que viste de colores y banquetea, con el pobre lázaro, que padece hambre y enfermedades? (cfr. Lc 16, 19-31); o ¿cómo reconciliar al pobre, a quien se le quita el pan y el trabajo, con aquel que tiene todo lo necesario pero es insensible ante el dolor de sus hermanos y desperdicia sus bienes?

La navidad se acerca y vendrá acompañada de villancicos, oraciones, juguetes y comida, lo cual está muy bien; pero sería muy triste y decepcionante que nos

quedemos tan solo en la entrega de cosas que nos sobra o que ya no nos sirve, bajo los conceptos de caridad y solidaridad. ¿Cómo hablar de reconciliación entre hermanos si muchos de ellos en ese día vivirán momentos de soledad, de dolor y hasta de rechazo por su condición étnica social, política y hasta religiosa?

Como ministros de la reconciliación entre nosotros, estamos llamados a tender puentes de encuentro, de diálogo y de colaboración, motivados por la justicia como respeto a los derechos humanos y reparación de las ofensas proferidas y también el perdón sin límites, "hasta setenta veces siete". (Mt 18, 21)

**Reconciliarnos con la naturaleza**

Jesús nos libera del deseo desmedido de poseer y acumular los bienes de la naturaleza y nos reconcilia con la hermana y madre tierra al servicio de todos los seres humanos. Cristo nos pone en contacto con las estrellas del cielo, con la brisa de las montañas, con las olas del mar, con la flor del camino; nos invita a descubrir al Padre que viste los lirios, alimenta las aves del cielo, hace caer la lluvia sobre los campos de buenos y malos y salir el sol sobre justos y pecadores.

El Papa Francisco, en su Encíclica Laudato Sí, nos invita a redescubrir la naturaleza como madre y hermana. *"Esta hermana clama por el daño que le provocamos a causa del uso irresponsable y del abuso de los bienes que Dios ha puesto en ella. Hemos crecido pensando que éramos sus propietarios y dominadores, autorizados a expoliarla. La violencia que hay en el corazón humano, herido por el pecado, también se manifiesta en los síntomas de enfermedad que advertimos en el suelo, en el agua, en el aire y en los seres vivientes"*. (Laudato Sí, 2)

Como ministros de la reconciliación de la naturaleza, estamos invitados a cuidarla y protegerla de toda contaminación doméstica e industrial y de toda forma de explotación inhumana. Para ello, es importante desarrollar proyectos ecológicos sustentables en todas nuestras actividades pastorales. Con esta actitud, superaremos el concepto de naturaleza como simple objeto de estudio, mercancía de compra y venta o una diosa.

Dejarnos reconciliar con Dios por medio de Cristo para ser constituidos ministros de la reconciliación con Dios, con nosotros mismos, con los otros y con la naturaleza: ¡He aquí un programa de vida!

ARQUIDIÓCESIS
DE GUAYAQUIL

Querido hermano Gerardo Miguel, el Señor te ha llamado a ser ministro de la reconciliación; un servicio que te propones realizarlo, como lo explicas en el escudo episcopal, iluminado por la estrella de la fe y la esperanza, movido por las olas de los designios de Dios, inspirado en el libro abierto de la Palabra de Dios y comprometido con los más pequeños de la tierra. Que María, la Virgen de la Merced, Patrona del litoral ecuatoriano, te acompañe en este servicio de reconciliación que Cristo te ha confiado.

Guayaquil, 4 de diciembre 2021

+ Luis Cabrera Herrera, ofm
Arzobispo de Guayaquil